

rá por nos reparada y castigado él según era uso en tiempo de nuestros predecesores.» De este modo afirmaba el poder real, pero carecía de fuerza para hacerlo respetar. Para ir contra los normandos dirigió un llamamiento a su sobrino Lotario II, a su antiguo adversario Pipino de Aquisgrán y a todos sus vasallos.

Había resuelto levantar el campo establecido en la isla de Oscelle, enfrente de Jeufosse, desde donde los piratas iban a menudo a París, «en excursión,» como dicen los *Milagros de San Germán*, y en el mes de julio de 855 fué a bloquear al enemigo por tierra y por mar; pero costó gran trabajo reunir su ejército, pues muchos de sus leales, entre ellos Wenilón, arzobispo de Sens, le abandonaron, y otros delegaron a Adalardo, abad de Saint-Bertin, y al conde Eudo de Chartres para que fueran a rogar a Luis *el Germánico* que interviniera nuevamente. «Si no procedía con prontitud, dijeron, y no les daba ninguna esperanza de redención, tendrían que buscar entre los paganos, con peligro de la cristiandad, la protección que no podían encontrar en sus señores legítimos. Afirmaron, en efecto, que ya no podían soportar la tiranía de Carlos porque lo que los paganos les habían dejado, después de haber saqueado, hecho prisionero, matado y vendido sin que nadie les opusiera resistencia, él se lo arrebatara por medio de la astucia y no había en todo el pueblo quien se atreviera a confiar en sus promesas ni en sus juramentos, y antes al contrario, todos desesperaban de su bondad.» El rey de Germania respondió al llamamiento de los «infeles a Carlos,» con quienes hacían causa común los bretones y los aquitanos.

Luis *el Germánico* salió de Worms a fines de agosto y llegó el 1.º de septiembre a Ponthión, desde donde se dirigió a Orleans para recibir a los emisarios de los bretones y de los aquitanos. Desde allí marchó a Troyes, en donde repartió entre los que le habían llamado condados, monasterios, *villas* reales y propiedades. Carlos *el Calvo*, abandonado por todos los suyos, levantó el sitio de Oscelle y se retiró a Borgoña, única de sus provincias que se le mantenía fiel, siendo allí acogido por tres señores emparentados con su madre Judith: Raúl, abad de Jumieges y de Saint-Riquier; Hugo, abad de Saint-Germain de Auxerre, y Conrado, conde de Auxerre. Luis *el Germánico* se consideró

858 vencedor, y en 7 de diciembre de 858 fechó un diploma de «Attigny en el vigésimo primer año de su reinado en la Francia oriental, y el primero en la Francia occidental.»

Los obispos de Francia no consintieron este despojo, sino que, cuando Luis *el Germánico* les convocó en Reims para el 25 de noviembre, se reunieron en Quierzy y el más ilustre entre ellos, Hincmaro, arzobispo de Reims, redactó una especie de manifiesto dirigido al rey de Germania, recordándole «las abominables crueldades que sus tropas cometieron al atravesar las diócesis,» tanto más criminales cuanto que fueron cometidas «por cristianos contra cristianos, por parientes contra parientes, por un rey cristiano contra un rey cristiano, por un hermano contra un hermano.» Es cosa grave, añade Hincmaro, despojar a un rey ya ungido y consagrado «con el consentimiento y la voluntad del pueblo» y a quien el papa ha mandado honrar; y por lo mismo conviene dejar a los arzobispos y a los obispos tiempo para

que reflexionen. En el entretanto, Luis *el Germánico* había cometido la torpeza de licenciar una parte de sus tropas, y los sorabios amenazaban de nuevo sus fronteras; en su consecuencia hubo de retroceder hasta Laón y luego hasta Saint-Quentin, en donde celebró las fiestas de Navidad, y en 15 de enero de 859, sorprendido por la repentina llegada de su hermano a Jouy (1), se retiró sin combatir y regresó a su reino.

Los obispos se encargaron de negociar la paz, reuniéndose los prelados franceses y loreneses, primero en Metz, en 28 de mayo, y después en Savonnières, a mediados de junio; pero ni estas reuniones ni la entrevista de los dos reyes en Andernach dieron resultado alguno. Finalmente se inauguró en Saint-Castor de Coblenza un congreso en 1.º de junio de 860: Carlos **860** perdonó a los que le habían hecho traición y prometió restituirles sus bienes y honores si se comprometían a permanecerle fieles en lo sucesivo. El día 7 de junio los dos reyes se reconciliaron y declararon que, «obedeciendo a las amonestaciones de los obispos, volvían a aquella caridad y a aquella concordia fraternal, sin la cual ningún cristiano puede salvarse,» y para anunciar a los pueblos tan fausto suceso se enviaron *missi* a todo el imperio.

Pero no era posible que hubiera paz en el reino de Carlos *el Calvo*. En Aquitania, el joven rey Carlos trataba de emanciparse de la autoridad paterna, y cuando apenas contaba quince años se casó, a pesar de su padre y desobedeciendo todas las órdenes de éste. En Bretaña, Salomón había asesinado a su primo Erispoé y le había sucedido en noviembre de 857: era «un hombre valiente, belicoso, designado para reinar por su belleza y por su talento.» Por último, los normandos proseguían sus hazañas: acaudillados por Bioern, pasaron en 859 el estrecho de Gibraltar, se instalaron en la Camargue, en donde les habían precedido ya los sarracenos, remontaron el Ródano hasta Valence, dirigieron luego a Italia y se apoderaron de Pisa (2). Aquel mismo año fueron saqueados Saint-Valery, Amiéns, Noyón y Beauvais, y en 861 fué París devastada por tercera vez. Carlos *el Calvo* encaminóse a Aquitania, y en Nevers, en 863, recibió el juramento de fidelidad de los habitantes, que se hizo renovar en Ver en 865. A la muerte de su hijo Carlos hizo reconocer como rey de Aquitania a su primogénito Luis, en la asamblea de Pouilly-sur-Loire (marzo de 867). Para la defensa del territorio contra los bretones y los normandos designó a Roberto *el Fuerte*.

El origen de Roberto *el Fuerte*, el antecesor de los

(1) Cantón de Vailly, distrito de Soissons (Aisne).

(2) Desde el año 838 los sarracenos habían devastado Marsella y en 842 avanzaron hasta Arlés. En distintas ocasiones saquearon «las ricas ciudades marítimas y monásticas de la Provenza» y algunas veces se juntaron a ellos piratas griegos. En 869 ocurrió uno de los más dramáticos episodios de toda esta historia: Rolando, arzobispo de Arlés, había hecho construir en el delta del Ródano un castillo, en el cual se encerró cuando se aproximaban los sarracenos; pero fué capturado, después de haber perdido más de trescientos de sus hombres, y los infieles se lo llevaron a sus barcos. Mientras se discutía el precio de su rescate, murió; los sarracenos ocultaron su muerte, y cuando hubieron recibido la suma convenida, sentaron al prelado en una silla revestido de sus hábitos sacerdotales y lo hicieron conducir a tierra; de este modo habían cobrado el precio de la victoria y cumplido su palabra.

Capetos, aparece envuelto en sombras (1). En 852 le encontramos de «rector» en la abadía de Marmoutier, y según todas las apariencias, de conde de Tours; en 853 es designado como *missus* para los condados del Maine, de Anjou, de Tours, de Corbón y de Saez, y ya no se vuelve a hacer mención de él hasta 858, en que aparece entre los señores rebelados contra Carlos *el Calvo*. Después de la paz de Coblenza se reconcilia con el rey y éste le confía «el ducado entre Loira y Sena;» entonces combate con fortuna contra los bretones, y Carlos va a recibir la sumisión de los vencidos en el monasterio de Entrammes, cerca del Mans. «Salomón, que vino con los príncipes de su raza, juróle fidelidad, lo propio que sus compañeros, y se obligó a pagarle tributo, según el uso.» Cada año obtiene Roberto alguna victoria sobre los normandos: en 864 destroza a una primera partida de ellos y al año siguiente mata a seiscientos enemigos y envía al rey sus estandartes y sus armas; Carlos le da en recompensa los condados de Nevers y de Auxerre y al mismo tiempo despoja de sus dignidades a su tío Adalardo y a sus primos Hugo y Berenguer «porque nada bueno han hecho contra los normandos.» Gerardo, conde de Bourges, y Bernardo, hijo de Bernardo de Septimania, son igualmente destituidos, y el edicto de Pitres (864) amenaza con igual castigo a todos los condes culpables de mala voluntad ó negligencia.

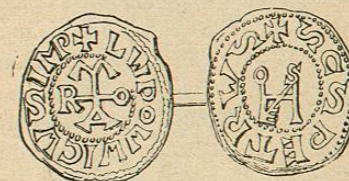
Mientras el rey actúa de soberano, la ruina de la realeza se consume. El ducado entre el Sena y el Loira, otorgado a Roberto *el Fuerte*, no es más que un mando militar, pero llegará a ser un gran feudo. En el territorio comprendido entre el Escalda, el Somma y el mar, empieza con Balduino *Brazo de Hierro*, conde de Flandes (863-879), otro principado feudal. Aquitania y Bretaña son casi independientes; Borgoña hállase en pleno desorden, según lo prueba una capitular de 865 en que Carlos ordena a los que le han permanecido leales en aquel país que se agrupen para combatir a «sus infieles.» De modo que la Francia real se descomponen de día en día y aparece la Francia feudal.

En el mes de septiembre de 866, los normandos establecidos en la desembocadura del Loira regresaban de una expedición de saqueo, cuando encontraron a Roberto, acompañado de Ramnolfo, conde de Poitiers, y de otros muchos señores. Los normandos se hicieron fuertes en la iglesia de Brissarthe, y asaltados por los francos realizaron una salida. Ramnolfo, atravesado por una flecha y recogido por los suyos, murió a los tres días, y Roberto, que a causa del calor se había quitado el casco y la coraza, fué muerto en el combate. Con este valeroso soldado «cuyas hazañas contra los bretones y los normandos, si estuvieran todas escritas, podrían ser comparadas con las de los Macabeos,» desapa-

(1) Según Richer, Roberto *el Fuerte* era hijo de Witichin, «extranjero germano.» Amoin, contemporáneo de Richer, le supone un origen sajón; otros lo hacen descender de una familia neustria. La opinión más verosímil es que es oriundo de la Francia oriental (cuenca del Rhin y del Main). Respecto de esta cuestión muy controvertida, véase Kalckstein, *Robert der Tapfere*, 1871; A. de Barthelemy, *Les Origines de la maison de France*, «Revue des Questions historiques,» tomo XIII, 1873; René Merlet, *Origine franque de Robert le Fort*, «Mélanges Julien Havet» y «Revue des Questions historiques,» tomo LXI, 1897. F. Lot en el «*Monetae*,» 1902, pág. 432, nota 1.

reció el más temible adversario de los normandos, quienes pudieron entonces devastar a su antojo el país, antes, el Anjou, el Poitou y la Turena, y aún se apoderaron muy pronto de Angers.

Las consecuencias de las invasiones se dejaban sentir cruelmente: los rescates que las poblaciones hubieron de pagar a los normandos arruinaron el país; los incendios, la devastación de los campos, la matanza de habitantes paralizaron en todas partes el trabajo y la circulación; cerráronse los grandes mercados y se interrumpió el comercio con los pueblos lejanos. Casi todos los años mencionan los analistas hambres «en numerosos lugares de toda la Galia.» Durante este espantoso período, en el que las violencias de las guerras entre los reyes se añaden a las de las invasiones, todo sentimiento moral parece haber desaparecido: «Las rapiñas y las depredaciones que en este reino han pasado



Moneda del papa Juan VIII

á ser costumbre, dice Hincmaro, son cometidas casi por todo el mundo como si no fueran pecados.» Hasta cristianos de ilustre cuna, abades, condes, príncipes de sangre real se hacen cómplices de los invasores. Pipino II, el rey de Aquitania despojado, se une a los piratas y en compañía de éstos devasta Poitiers y muchas ciudades de su antiguo reino; hecho prisionero, es condenado a muerte «como traidor a su patria y a su religión» y encerrado en Senlis (864). Todos los documentos, anales y crónicas, deliberaciones de los concilios y cartas del papa denuncian a los «falsos cristianos» que saquean «á la manera de los normandos (*more normannico*).»

Los normandos y los bandidos atacaban principalmente a los monasterios, los verdaderos focos de la civilización carlovingia, en donde encontraban ricos tesoros, graneros bien repletos y talleres florecientes, y la mayoría de los cuales no estaban fortificados, y sólo se ven atravesar el reino monjes fugitivos llevando en sus hombros el cofre que contiene las reliquias de su santo patrono. El cuerpo de San Filiberto descansaba en Noirmontier y en 830 Ludovico Pío había permitido á los monjes establecer un refugio en tierra firme, en Deas; después de un ataque de los normandos (834), el abad envió las santas reliquias á Deas, que fué desde entonces Saint-Philibert de Grandlieu. Aquellas reliquias fueron trasladadas posteriormente á Cunault-sur-Loire, á Messac en Poitou, á Saint-Porcien en Auvernia y finalmente, en 875, á Tournus, en donde Carlos *el Calvo* les aseguró un refugio. En 853, el cuerpo de San Martín, que desde hacía cerca de cinco siglos descansaba en su monasterio de Tours, fué transportado á Cormeri y después á Orleans; restituido momentáneamente á Tours, fué nuevamente sacado de allí y estuvo depositado en Leré en el Berry, en Marsat en Auvernia, y por último en Chablis en Borgoña, en donde permaneció trece años, desde 872 hasta 885.

La Alta Borgoña fué una de las provincias francesas menos desgraciadas, y sus ciudades, particularmente Dijón y Tournus, sirvieron de asilo á numerosos cuerpos de santos.

IV.—Carlos el Calvo rey de Lorena y emperador (1)

Tan grandes miserias no impidieron, sin embargo, á Carlos el Calvo reclamar fuera del reino sus derechos de príncipe carlovingio. Así le veremos sucesivamente rey de Lorena y emperador.

Lotario, antes de morir, había repartido sus Estados entre sus tres hijos, Luis II, Lotario II y Carlos (855): el primero obtuvo el título imperial y la Italia y las diócesis de Ginebra, de Lausanne y de Sión; el segundo, la parte de la herencia paterna que se denominó Lotaringia ó Lorena, nombre derivado del suyo propio; y el tercero, la Provenza, el Lyonnais y las diócesis de Belle y de Tarentaise. Pero Luis no tenía más que una hija, Hirmingarda; Carlos murió sin sucesión en 25 de enero de 863, legando su lote á sus hermanos, y Lotario falleció en 8 de agosto de 869 dejando sólo un bastardo.

Inmediatamente después de la muerte de este último, Carlos el Calvo, llamado por algunos magnates y obispos loreneses, marchóse á Metz y en 9 de septiembre de 869 fué consagrado rey de Lorena por Hincmaro, el cual actuó en substitución del metropolitano de Tréveris. Recibió el rey la corona «porque en los historiadores sagrados se lee que los reyes han de recibir tantas coronas como reinos tienen,» y tomó en sus manos el cetro por el que «debía regirse á sí mismo, defender á la Santa Iglesia, dirigir á los buenos por el camino recto y corregir á los malos;» y luego avanzó hasta Aquisgrán, en donde, muerta la reina Ermentrudis, se casó, en 22 de enero de 870, con Riquilda, que pertenecía á una familia poderosa de Lorena.

Pero Luis el Germánico exigía una parte de la Lorena en virtud de un acta de reparto eventual que había firmado con Carlos tres años antes, y el emperador Luis, apoyado por el papa Adriano II, reclamaba toda la sucesión de su hermano. Estando ocupados el emperador y el papa en Italia con la guerra contra los sarracenos, Carlos tuvo que habérselas únicamente con el rey de Germania, el cual le mandó decir desde Frankfurt, en febrero de 870, que «si no salía rápidamente de Aquisgrán y no entregaba la Lorena á los hombres de Lotario, tal como era en el momento de morir éste, le atacaría sin tardanza.» Carlos el Calvo hubo de entrar en negociaciones y el 8 ó el 9 de agosto de 870 firmóse un tratado en Meerssen.

En virtud de este tratado, la frontera de la Francia

(1) FUENTES.—Añádanse á las anteriormente indicadas: *Letras de Jean VIII*, en la «Patrologie latine» de Migne, tomo CXXVI; *Letras de Loup de Ferrières*, edición Desdévives du Dezert, fasc. 77 de la «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes,» y Dümmler, *Monumenta Germaniae*, en 4.º, *Epistola*, tomo VI, págs. 387 y siguientes (véase Levillain, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1901-1902); *Libellus de imperatoria potestate in urbe Roma* en los *Monumenta Germaniae*, serie en folio, *Scriptores*, tomo III, 719-722.

OBRAS DE CONSULTA.—Lapote, *L'Europe et le Saint-Siège à l'époque carolingienne, le pape Jean VIII*, 1895. Emilio Bourgeois, *Le Capitulaire de Kierzy-sur-Oise*, 1885. Fustel de Coulanges, *Nouvelles recherches sur quelques problèmes d'histoire*, 1891. Kleinklausz, *L'Empire carolingien*, pag. 385 y siguientes.

occidental arrancaba del Fli, es decir, de la desembocadura del Zuiderzee en el mar, atravesaba el Rin al Oeste de Utrecht, seguía el Mosa hasta Lieja, luego el Ourthe, llegaba al Mosela, á igual distancia de Tréveris y de Thionville, cortaba el Mosa al Sur de Tusey, y contorneando las fuentes del Oignón y del Saona, seguía ora este último río, ora su afluente el Doubs ó el Ródano, del que ya no se separaba desde Valence hasta el mar. Carlos recibía de este modo nueve ciudades, tres de ellas metrópolis, á saber, Besanzón, Lyon y Vienne, treinta y tres abadías, treinta condados y cuatro mitades de condados; los territorios que le eran concedidos representaban una buena parte de Holanda y de Bélgica, la mitad de la actual Lorena, una parte importante de la Borgoña, el Lyonnais, el Viennois y las diócesis de Viviers y de Uzés.

Esta adquisición significaba un gran aumento de territorios, y aun cuando Carlos difícilmente pudo ejercer su autoridad sobre países tan diversos, acostumbrados ya á vivir una vida local, la Francia occidental disfrutó de una calma relativa durante los años que siguieron al tratado de Meerssen. En 9 de septiembre de 872, Carlos el Calvo hizo que los obispos y los laicos le renovaran en Gondreville el juramento de fidelidad; en 873 promulgó una serie de leyes «útiles á la paz y á la Iglesia y á la solidez del reino;» y aquel mismo año mandó arrancar los ojos á su hijo Carlomán, que era el foco á cuyo alrededor intrigaban algunos magnates. El desgraciado príncipe fué á refugiarse al lado del rey de Germania, quien le dió la abadía de Echternach, en donde murió al cabo de poco tiempo.

La Iglesia, dirigida por el obispo de Reims, Hincmaro, apoyaba y protegía al rey. Cierta que Hincmaro, «primado entre los primados y uno de los primeros primados de las Galias,» como á sí mismo se titula, no tiene más pasión que la grandeza y prosperidad de su iglesia; pero como Carlos protege los bienes de los clérigos contra la codicia de los magnates, le está por ello agradecido, y ya hemos visto que en 858 le defendió contra Luis el Germánico. En sus numerosos escritos, muchos de ellos compuestos para explicar las capitulares reales, enseña que «la concordia es cosa divina» y que es preciso respetar á «los missi enviados al través de las ciudades y de los monasterios;» al morir, se vanagloriará de haber sido de los que más activamente han trabajado para establecer la paz en el reino, y efectivamente sus esfuerzos contribuyeron á mantener cierta unión en la sociedad tan dividida de aquella época y cierta unidad de miras en el gobierno (2).

Durante este período, hasta los normandos estuvieron más tranquilos. Carlos el Calvo había pensado desde un principio que sería un medio eficaz de proteger el reino contra ellos organizar la defensa del territorio, cerrando con puentes fortificados y con castillos los cursos de los ríos, y á este objeto mandó construir, desde 862 á 873, en Pitres, cerca de la confluencia del Eure y del Andelle con el Sena, un castillo de piedra y madera á fin de impedir que los piratas remontaran ó descendieran por el río, llevando casi todos los años personalmente á los talleres obreros, carros y materia-

(2) Véase Von Noorden, *Hincmar*, 1863; y Schrörs, *Hincmar*, 1884.

les. Terminados los trabajos, dividió aquel campo atrincherado en varias secciones é invitó á todos los obispos, abades, abadesas y condes á que le facilitaran, «proporcionalmente al número de mansos que poseyeran en beneficio, jóvenes siervos y carros tirados por bueyes,» á fin de atender al entretenimiento y conservación de aquella obra. El rey aplicó el mismo sistema á otras partes del curso del Sena ó de sus afluentes, hizo reconstruir los puentes de Anvers en el Oise y de Charentón en el Marne, y mandó comenzar un recinto fortificado en Compiègne y otro en Saint-Denis. Verificáronse también obras en el Loira, en los Ponts-de-Ce, y se restauraron las murallas romanas de Tours, del Mans, de Chartres, de Poitiers, de Orleans y de París.

En 873, Carlos alcanzó un gran triunfo sobre los normandos instalados en Angers. Disgustado de que aquella «peste estuviera encerrada en las entrañas de su reino, reunió el ejército de todos los pueblos sometidos á su dominación como si se tratara de extinguir un incendio general, y fué á poner sitio delante de aquella plaza.» Llamado por él, su «compadre» Salomón, el rey de los bretones, establecióse á orillas del Maine, y los caudillos normandos, creyendo que Salomón se disponía á desviar la corriente del río, se avistaron con Carlos y le ofrecieron dinero, juramento y rehenes, «comprometiéndose á salir de la ciudad el día fijado y á no cometer ni permitir saqueo alguno en el reino mientras vivieran, y pidiendo tan sólo que se les dejara hasta el mes de febrero una isla del Loira para instalar en ella un mercado. Llegado el mes de febrero, aquellos de entre ellos que hubiesen sido bautizados y quisieran mantenerse verdaderamente cristianos se presentarían al rey, y los que, paganos todavía, quisieran hacerse cristianos, serían bautizados por mediación suya. Los demás abandonarían el reino (1).» Carlos el Calvo entró en Angers, presenció la purificación de las iglesias y la reinstalación del cuerpo de San Albino en su arca de plata y partió en el mes de octubre. Durante una docena de años la región del Este pudo respirar.

En el entretanto, murió Luis II en 12 de agosto de 875, y Carlos el Calvo reivindicó el título imperial. Después de haber celebrado un consejo en Ponthión, marchó á Langres, en donde reunió á aquellos de sus leales á quienes quería llevarse consigo, y dejando en Francia á su hijo Luis el Tartamudo y á la reina Riquilda, encaminóse en septiembre al collado del Gran San Bernardo. El rey de la Francia occidental gozaba fama, al otro lado de los Alpes, de príncipe amigo de los obispos, bajo cuyo gobierno «las iglesias de la Galia habían recobrado su antigua prosperidad.» Ya el papa Adriano II (867-872) le había prometido el imperio «porque, decía, estaba animado del espíritu de justicia que conviene á un rey y porque el clero, el pueblo y la nobleza de todo el universo y de la ciudad (*totius orbis et urbis*) lo reclamaban.» En el fondo, el papa Juan VIII, sucesor de Adriano, y los italianos esperaban que el rey de Francia y de Lorena sería bastante fuerte para

(1) De los Anales de Saint-Bertin. Véase también el fragmento publicado por Andrés Duchesne, *Hist. Franc. Scriptores*, tomo II, págs. 400-401, tomado de un manuscrito de San Sergio y titulado por él *Qualiter normanni civitatem Andegavensem ceperunt et ab ea per Carolum Calvum regem expulsi fuerunt*.

protegerles contra los sarracenos que desde hacía más de treinta años asolaban la península.

Pero también pretendía el imperio Luis el Germánico, quien invadió la Francia y avanzó hasta Attigny, en tanto que su hijo Carlomán entraba en Italia. En aquella ocasión, los nobles, convocados por Riquilda, se comprometieron por juramento, después de algunas vacilaciones, á resistir, y Luis hubo de regresar á su reino. Por otra parte, Carlos el Calvo, que contaba con fuer-



Traje real de Carlos el Calvo, según Willemin (*Recueil de monuments historiques*)

zas superiores y con la mayor parte de los italianos, impuso á Carlomán el tratado de la Brenta é hizo su entrada en Roma acompañado de los legados pontificios. Juan VIII, que le había hecho aclamar emperador por el clero y la aristocracia romana, le dió «la unción y la corona imperial» en la iglesia de San Pedro en 25 de diciembre de 875, aniversario de la coronación de Carlomagno.

Grandes diferencias había entre el imperio tal como era el año 800 y tal como había llegado á ser en 875. Carlomagno tenía un poder universal que le señalaba como sucesor de los antiguos emperadores romanos, y antes de su coronación imperial era de hecho Emperador y Augusto; además, el papa le estaba obligado á él y á los francos. Por el contrario, los Estados de Carlos el Calvo eran reducidos, y su autoridad muy discutida; llamado por el papa y consagrado por él, quedaba con él ligado por agradecimiento y por toda clase de deberes.

Carlos, emperador, rey de la Francia occidental y rey